

RAFAEL CHIRBES

En la lucha final



En la novela de Rafael Chirbes, situada en el Madrid contemporáneo, desvelados por un narrador que aún no ha conseguido las credenciales para pertenecer al grupo cuyas peripecias relata, desfilan los miembros de una nueva clase social, los que ahora pelean en un estrecho cuerpo a cuerpo por el poder y sus migajas, y viven con el sordo y continuo temor a la caída. Amelia, importante colaboradora en una editorial, que vive con Carlos, el «rico» del grupo, pero mantiene fugaces amoríos con otros; José, escritor de éxito, que utiliza la literatura para ocultarse; Concha, su mujer, que defiende despiadadamente el espacio conquistado en una clase social superior que siempre la fascinara; Ricardo Alcántara, el enigmático personaje que, después de un largo exilio, regresa al grupo quince años después...

Todos ellos paradigmas ejemplares de una clase social cuya única aspiración verdadera es subir cada día un escalón más, aunque se deleiten en recordar de vez en cuando, con pegajosa nostalgia, los días en que amaban la literatura y la justicia y soñaban con ser protagonistas en la gloriosa «lucha final».

Rafael Chirbes, que se revelara en *Mimoun*, esa «hermosa e inquietante novela», en palabras de Carmen Martín Gaité, como una de las voces más personales e interesantes de la actual narrativa española, confirma con *En la lucha final* todas las esperanzas depositadas en él. Novela densa y ambiciosa, complejo fresco de una escena política y cultural fácilmente identificable, nos muestra a un narrador espléndido con total dominio de sus recursos, a un urdidor de historias y personajes que, como en toda la gran literatura, alcanzan una entidad y verosimilitud iluminadoras.

Primera parte

1

Relucían como joyas, si uno los contemplaba desde lejos, y la verdad es que, en la distancia, llegaron a deslumbrarme. Luego, cuando me acerqué a ellos, descubrí que su brillo era el de los cristales rotos. Supe que me habían atrapado, porque también yo me había empezado a resquebrajar.

No formaba parte del grupo, aunque acudí algunas veces al jardín de Carlos y Amelia, convencido de que allí se encontraba el centro de algo que iba a acabar necesitando. Se me incluía en ese montón de amigos de los amigos de él, que había ido sustituyendo al inicial núcleo de amigos de los amigos de ella, y ni siquiera recuerdo cómo me fui acercando a aquella corte en la que los dos reinaban indiscutidos. Tampoco tuve mucho trato con Carlos. No creo que llegara nunca a aprenderse mi nombre. Nos habíamos visto en algunas exposiciones, en presentaciones de libros, en sitios así, y siempre me devolvía el saludo, sonreía, y se iba con el vaso a otra parte. Me tenía indefinidamente catalogado como componente de alguno de los rebaños humanos que se movían a su alrededor.

Yo todavía no era nadie. Aún no había empezado a publicar artículos más que en revistas de poca tirada, y ni mi nombre ni mi foto aparecían en ningún sitio. Estaba en el primer escalón, aprendiendo a reconocer a aquella gente un poco del mismo modo que los estudiantes aprenden a reconocer en las ilustraciones del libro de arte el Discóbolo de Mirón, la Venus de Milo o el Torso de Belvedere.

Con Amelia ocurrió algo desde el primer momento. No se me pasa por la cabeza decir que hubo reciprocidad. Se aprendió mi nombre después de haberse equivocado unas

cuantas veces, mientras que yo sabía el suyo mucho tiempo antes de conocerla. Sin embargo, creo que empezó a notarme enseguida, con la actitud del imán que siente que hay pedazos de metal que se adhieren a su superficie.

Por entonces, ella estaba muy lejos y yo no pensaba que iba a poder entrar en su vida, ni siquiera de puntillas.

2

Pasaron meses antes de que cruzáramos un par de frases, y la primera vez no fue en su jardín, sino en casa de Brines, después de un vernissage en la galería. Debió de ser hacia el mes de mayo. Titularon la exposición «Pintores andaluces de hoy y de pasado mañana» y había cosas de Gordillo, de Pérez Villalta y de los más jóvenes. Por alguna parte debo de guardar todavía el catálogo.

Acudí a la fiesta y luego, no sé cómo, me vi formando parte de un grupo que se dirigió a casa de Brines, con la intención de tomar una copa. Nunca había pisado aquella casa y me gustó mucho su blanca y ordenada amplitud. Ocupaba toda la planta superior y el ático de un viejo edificio del centro, muy cerca de la Capilla del Obispo, y se prolongaba en una doble terraza climatizada y llena de plantas tropicales.

La mayoría de los componentes del grupo se repartió por las terrazas. Yo preferí quedarme en la zona que correspondía al salón (los espacios no estaban definidos) y en la que había un par de Bacon. Brines me había parecido hasta entonces un tipo con buen nivel de vida, pero no opulento. Jamás hubiera pensado que pudiera permitirse dos Bacon en su casa. Uno de ellos pertenecía a la misma serie de un cartel que he tenido hasta hace poco en mi propia casa y que compré años atrás en París, en una galería de la rué de

Téheran, cerca del Pare Monceau. Me entretuve frente a él y, al darme la vuelta, la vi a mi lado.

—Carne desollada —le dije, por decir algo.

—Qué pena —se burló—. Resulta que también tú tienes vida interior. Las veces en que te he visto por el jardín de casa he llegado a pensar que eras el único cuerpo en medio de toda aquella nube de almas. Luego me he enterado de que escribes, y no me ha gustado nada enterarme, aunque sí que me ha gustado lo que escribes.

De aquel galimatías me quedé con que se había leído mi libro, publicado apenas unas semanas antes. Era el primero y no llevaba camino de convertirse en ningún éxito de ventas, aunque había sido bien recibido por los críticos.

—No escribo con el alma —le dije—, sino con las manos.

—Preferiría que escribieras con los ojos.

Se marchó. No necesitaba nada más. Había venido con la única intención de comprobar si funcionaba lo del imán y el metal, y ya sabía que sí. Lo sabíamos los dos. Más adelante, ella lo dijo de un modo bastante menos poético: «Pensé que a lo mejor eras uno de los amiguitos de Brines, y quise asegurarme de que no; ver si podía gustarte.» Después de aquel encuentro fugaz, las únicas incógnitas que nos quedaban por resolver eran cuándo y dónde.

Yo tenía mucha prisa por resolverlas. Ella no. Vivía por entonces el momento más intenso de su pasión por Ricardo Alcántara, y para los otros no tenía más que lo que decía que le gustaba de mí, o sea, ojos. Así que nos miramos durante meses («Pues claro que me acuerdo de tu nombre», me repetía cada cierto tiempo, «pero si ahora eres un escritor famoso»). Y, cuando nos despedíamos (habíamos impuesto la costumbre de despedirnos), dejábamos que nuestras manos se entretuvieran juntas más de lo necesario. Eso fue todo. Ya no me parecía lejana, pero seguía pareciéndome imposible.

3

Tuve que aguardar mi turno. Cuando ella se convenció de que Ricardo la había engañado, y lo apartó de sí definitivamente, empecé a alimentar la ilusión de que, además de cercana, era inevitable. Lo fue sin violencia. Cierta madrugada, a la salida de Archy, en vez de meterse en el coche de otro, se vino al mío. Llovía y, en el interior del automóvil, dejó caer su cabeza mojada sobre mi hombro. Una vez en casa, se desnudó («estoy empapada») y se puso el albornoz.

No quiso quedarse a dormir («La importancia de las formas», dijo. «A la hora de dormir, una mujer decente vuelve siempre a su casa»). Después de aquella noche, nos vimos media docena de veces antes de que Carlos fuera asesinado, ya avanzado el otoño. Hasta ese día, creí que él era el único obstáculo para que Amelia me perteneciese. Me ha tocado aprender que jamás apostará en exclusiva por nadie, y menos por una novela de cierta calidad y escaso éxito. Ni siquiera lo haría por una biblioteca completa.

Lo supe cuando la noche del asesinato de Carlos no me llamó para solicitar ayuda. Llamó a Pedro. A mí ni siquiera quiso verme hasta muchos días después. En ese tiempo de silencio, acepté de una vez por todas que Amelia es una muñeca rusa que esconde siempre a otra Amelia, no por más pequeña y oculta menos fuerte y peligrosa.

La vi abatida el día del entierro, aunque le sentaban bien la falda y las medias negras que se había puesto bajo el abrigo para acudir a la ceremonia. Apenas aceptó rozar su mejilla con la mía, y no porque quisiera guardar las apariencias de nada. Aquella tarde helada, Amelia no era la viuda de nadie, porque el cadáver de Carlos se había convertido en propiedad de la familia, y los amigos que formábamos corrillos a la puerta de la iglesia éramos sólo espectadores no del todo deseados. Las lágrimas estuvieron re-

servadas para la madre y los hermanos de Carlos. Sólo ellos lloraron. En los demás, hubiera parecido impúdico: como apropiarse de algo que se disfrutó durante un tiempo en arrendamiento. Ni siquiera Amelia y Brines se atrevieron a llorar cuando entró el ataúd en el furgón. Sin embargo, impusieron su presencia en el cementerio, y soportaron el desprecio vestido de indiferencia con que los castigaron los familiares de Carlos. Permanecieron allí mientras quedó a la vista un pedazo de ataúd: luego, se volvieron caminando hasta la puerta y esperaron un taxi. Nadie les propuso una plaza en alguno de los numerosos automóviles que formaban el cortejo familiar.

Después de aquella tarde, Amelia dejó pasar casi un mes sin telefonarme. Para entonces había abandonado la casa de La Moraleja y se había ido a vivir provisionalmente con Concha. Me citó en una cafetería de la Gran Vía. Charlamos del grupo y de nosotros mismos. Brines había dicho el día del entierro que la muerte de Carlos era «una lección moral errónea». Y también: «En esta ocasión, la muerte se ha equivocado de clase. Digamos que, por una vez, el maestro ha acusado al alumno de la primera fila.»

En la conversación con Amelia, aparecieron nuevamente estas palabras y empecé a pensar que era un buen tema para mi segunda novela. Me atraía la idea de que el error resultara ser la verdad más significativa y cargada de intención. Quizá sólo se trataba de la esperanza de conseguir a Amelia duplicando el precio inicial: dos novelas en vez de una. Otro disfraz del error.

Cuando nos despedimos, sentía una desazón punzante. Dirigí el coche hacia La Moraleja. Era una tarde espléndida, aunque hacía frío. Me fumé un cigarrillo ante la casa que había sido de Carlos. Creo que fue la primera vez en que la vi de verdad. Me interesaron los detalles en que no había reparado hasta entonces: el tejado ostentosamente antiguo, con las dos chimeneas al extremo, la vidriera del salón, la suave colina envolviendo la mancha helada y azul

de la piscina, y el silencio. Esa misma noche empecé a escribir esta historia.

Desde entonces he vuelto con frecuencia, sin otro propósito que el de contemplar la casa deshabitada. Siempre me he encontrado con el mismo silencio, la cristalera muda y las ventanas cerradas. Sin embargo, alguien se esfuerza en mantener intacto el decorado, cuida del jardín, corta el césped y poda los rosales. A veces tengo la impresión de que visito un teatro vacío que espera a que los actores regresen de una gira para reanudar las representaciones.

4

—Algunas noches sueño con ella y la veo mirándose el relojito y buscando la gabardina francesa en el perchero. Amelia siempre ha estado yéndose —concluye Pedro su balance de diez años de relaciones secretas.

Cada vez que visito la casa de Pedro, retraso unos instantes el momento de pulsar el timbre, e intento pensar en las veces que Amelia pisó ese descansillo. No consigo imaginármela, y mucho menos sentir dolor alguno, porque en vez del agujijón del deseo, me invade la angustia de la muerte. Pienso en Santiago, a quien no conozco, en el cuchillo que le robó a Pedro y que usó para matar a Carlos. A veces abro la ventana que da al patio de luces y apoyo mis manos en el marco, como debía apoyar Santiago las suyas mientras vigilaba a Pedro, no sólo para robarle, sino por ese otro sentimiento cuyo recuerdo consigue que las manos que he apoyado un momento antes en el marco se me llenen de algo pegajoso. Quizá tiene razón Pedro, y Amelia no estuvo nunca aquí —sólo de paso— y se llevó cada vez consigo todas las vibraciones, dejando en su lugar un gas neutro.

Rompieron casi un año antes de que Carlos fuera asesinado, una tarde en que ella le dijo, como de pasada, que el editor había leído la novela de Ricardo y la había encontrado fascinante. «Ésa fue la palabra que me jodió, *fascinante*. No sé qué coño de hilo nos unía, pero me di cuenta de que acababa de romperse», dice Pedro de aquel último encuentro furtivo.

Se veían los martes por la tarde, se acostaban, y luego ella miraba el reloj, decía «Tengo que irme», y se marchaba precipitadamente. Pedro la acompañaba hasta el portal. Dice: «No hablábamos. Nos veíamos para joder.» Y a mí me cuesta imaginarme a esa Amelia que él me cuenta. No consigo verla cerrándose las ventanas del cerebro y acechando, como una alimaña, la carne. No puedo creerme que, ni siquiera esforzándose, haya conseguido sentirse atrapada por la disposición, peso y volumen de los miembros de nadie. No conozco a la Amelia de Pedro, e intuyo que él — por alguna razón que se me escapa — ha sido otro de sus espejos. Sospecho que a su lado, descubría algo de sí misma que no se tolera y la sombra de cuya existencia la embellece y me seduce.

Lo de la novela de Ricardo lo dijo de pasada (o sea, que hablaban de otras cosas). Él estaba en el baño, secándose, y ella lo miraba desnudo en el espejo. Él sonrió y Amelia apartó la mirada. «Si yo notaba el deseo en ella, se ponía triste. El deseo la obligaba a quedarse a solas consigo misma, y la bajaba de algún sitio en el que se sentía superior. No sé si en eso se puede cambiar alguna vez», dice Pedro como si aún pusiera esperanza.

Amelia se levantó, abrió la puerta que da al balcón, y desapareció del espejo. Pedro salió tras ella a medio vestir. Desde el fondo de la calle llegaban los rumores de la ciudad y las luces de color naranja. Sonó un claxon, pero Amelia sólo parecía escucharse a sí misma. Tuvo que notar que él estaba a su lado, porque se apartó de la barandilla, miró el Rolex que le rodeaba la muñeca, y dijo:

—Son casi las diez.

Es uno de los reproches de Pedro: «Tenía prisa. Le quemaban las casas en que yo vivía, pero acudía a ellas con la tozudez de un insecto.» Suele decir lo de que Amelia siempre estaba yéndose después de tomarse un par de copas, mientras que lo del insecto se le escapa ya de madrugada, cuando está completamente borracho. Acompaña la segunda afirmación con un gesto obsceno, apenas insinuado. Y así, mientras tartamudea pesadamente inclinado sobre la barra de algún bar, vence momentáneamente a Amelia.

Se convirtieron en amantes en una época en que aún escribían poemas, frecuentaban los círculos literarios y leían con avidez cualquier libro nuevo que caía en sus manos. Se habían conocido en la Facultad y luego habían seguido viéndose. Pedro era amigo de Juan, el marido del que Amelia se divorció, y los tres habían militado en el mismo grupo de extrema izquierda.

La primera vez que Amelia y Pedro se acostaron juntos fue un día del mes de julio en el que Juan se encontraba fuera de Madrid, por motivos familiares, y se citaron en un café que había al lado de la casa donde por entonces vivía Pedro. Hacía calor y hubiesen estado bien en la terraza sombreada por un seto, pero eligieron para sentarse un velador situado en el interior del local. Pedro llevó una carpeta de poemas con la intención de leerse los. Después de tanto tiempo aún recuerda el calor de aquella tarde, los sofás del café y el fuego subiendo desde la tela polvorienta. Ella se cambió de sofá y se puso —«para oírte mejor»— al lado de él. Mientras Pedro leía, se fue inclinando hasta que sus caras casi se rozaban, y luego le puso la mano en la rodilla. La mano estaba caliente.

—Me soltó a bocajarro que le gustaba más yo que lo que escribía —se ríe Pedro—. Me dolió. Ten en cuenta que entonces pensábamos que los libros valían más que los polvos.

Se besaron en el sofá y recorrieron el trayecto hasta la casa de él sin dejar de tocarse. Mientras abría la puerta, Pedro dudó:

—No sé si deberíamos hacerlo.

Amelia dijo:

—No metas a Juan en esto.

Pasaron lo que quedaba de tarde desnudos en la habitación. Luego, cuando Amelia había acabado de vestirse y se retocaba el pelo ante el espejo, él la besó otra vez en el cuello y en la nuca, pero cuando quiso hacerlo en los labios, ella los mantuvo cerrados.

—Te quiero —dijo Pedro. E insistió—: Hace mucho tiempo que te quiero.

—Nosotros nos gustamos. Es otra cosa —distinguió meticulosamente Amelia, sin dejar de arreglarse el pelo.

Entraban los últimos rayos del sol a través de las persianas y los muebles de la casa estaban envueltos en una funda de miel. Eran muebles viejos, comprados de segunda mano, y componían un decorado arbitrario. La alfombra del salón mostraba la trama en algunos lugares de su superficie usada. Los hilos que forman las cosas, el laberinto por el cual el dibujo acaba siendo el que es. Pedro todavía pensaba que gustarse y quererse podían llegar a ser lo mismo, pero ella se marchó después de haberle pedido que no la acompañara, y la habitación fue marcando el paso de la tarde, hasta que se quedó en penumbra. Se borraron los perfiles que definían muros y muebles y él tuvo la sensación de que el suelo sobre el que navegaba la silenciosa cama revuelta no alcanzaba a sostenerlo. Sintió que se hundía suavemente y se echó a llorar.

—Aquel día, mientras todo se quedaba a oscuras —dice Pedro—, empecé a buscar la fuerza necesaria para dejar a Amelia.

Sé que dice la verdad, aunque mienta. Su huida ha sido la tela de araña en la que se ha enredado durante diez años. «Siempre hemos estado separados como faroles en

el aire», dice, «dándonos luz y sombra.» Se apoya en el mostrador, se sostiene la cabeza entre las manos, y añade: «Quería escaparme, porque no soportaba que me envenenase el amor.»

Cuando se enteró de que Amelia había dejado a su marido para irse a vivir con Carlos, el orgullo estuvo a punto de salvarlo.

—¿Por qué ahora ese gilipollas?

Aún no conocía a Carlos más que por lo que ella le iba contando.

—Nosotros nos gustamos —tuvo que repetirle ella—, pero no creo que eso sirva para gran cosa. Carlos me necesita.

—¿Y yo? ¿Yo no te necesito?

Era poco más o menos la misma hora de la primera vez. También entraba de refilón la luz a través de las ventanas, aunque era otra casa. Pedro ya se había mudado al piso en que ahora vive. Estaban sentados en la cama y olían a algo que era ajeno y a la vez de los dos. Amelia encendió un cigarrillo y se lo puso a él en los labios. El humo subía despacio y se esparcía cuando llegaba a la altura de los ojos, enrojeciéndolos.

Acordaron el siguiente encuentro y Pedro tuvo que admitir los cambios de frecuencia que la presencia de Carlos impuso. Al poco tiempo, Carlos le regaló a Amelia el Rolex de acero y oro y ella adquirió la costumbre de mirarse de reojo la muñeca. Pedro se convirtió en amigo de Carlos —es verdad que Carlos no tenía muchos amigos de verdad— y aceptó trabajar para él. A veces sospechaba que su secreta relación con Amelia minaba el poder de Carlos, pero en otras ocasiones, cuando se movía cuidadosamente encima de ella, tenía la impresión de que se limitaba a ofrecerle un servicio, como el del peluquero o el del que viene a casa para reparar el calentador de gas.

En algunas ocasiones pienso que Pedro y Amelia han sido durante todos estos años como un médico y un enfer-

mo, aunque me resulta difícil definir quién ha cumplido cada papel. Lo más seguro es que los dos estaban heridos y se aplicaban medicinas equivocadas.

—Aquel último día —dice Pedro— le pedí que, por favor, se quedase un rato más conmigo. Necesitaba tomar una copa. Pero ella se negó. No pude contenerme. «Sé que desde que ha vuelto Ricardo estoy de más. Te acuestas con él, ¿verdad?», le dije. Quise empujarla suavemente hacia el interior de la casa, pero ella me llamó estúpido. Yo pensé que tenía que conseguir llevarla hasta el borde de la cama. Pero dijo: «No me toques», y se fue dando un portazo. No le pedía más que otros cinco minutos. Cuando salí al descansillo, pensé que iba a encontrarme con su perfume, pero no olía a nada.

Gas neutro, taponando el lugar de los hechos. Lo he sentido al visitar el miserable piso en que vive ahora Ricardo Alcántara. Es un apartamento diminuto, situado en la zona de Campamento, muy cerca del metro. Nada tiene que ver con el que ocupó a su regreso de Manila en el centro de Madrid y Amelia le ayudó a arreglar. Una cama deshecha, espantoso papel en las paredes, escasos muebles y de mala calidad y un aparato de televisión componen el decorado en que se mueve. La primera vez que visité esa casa, llamó mi atención una foto enmarcada que Ricardo exhibe junto al televisor. Muestra a una joven campesina modestamente vestida de domingo, que le sonríe a un niño envuelto en un abrigo de talla demasiado grande. Ricardo y su madre, sin duda. Nunca había visto la foto en el otro piso y su sola presencia alteró algunas ideas que yo me había formado acerca de Ricardo. Por lo demás, desconozco dónde han ido a parar sus tapices, sus bibelots, y el viejo armario bretón: todo cuanto Amelia creyó que eran los testimonios de su vida cosmopolita durante quince años. No quise preguntarle si los vendió o si los dejó abandonados en la vieja casa. He charlado con él durante horas enteras, he leído —y tengo en mi poder— parte del diario que es-

cribió a su regreso a Madrid. Y sin embargo me encuentro atenazado por interrogantes que sé que ya han perdido su importancia. «Escribir no los resuelve, pero los carga de intención», me repito, y ni siquiera sé si, en mis conversaciones con Ricardo, he asistido a la lenta agonía de alguien o al principio de algo que hierve lentamente. Sí, escribir no resuelve los interrogantes, pero, al cargarlos de sentido, los hace soportables. Puede decirse que esta historia empezó el día en que Ricardo llamó a Amelia para decirle que acababa de regresar a Madrid. Fue el primer ladrillo que el destino colocó en la tumba de Carlos; la primera paletada de tierra sobre el grupo.

5

Ricardo telefoneó a Amelia, diciéndole que acababa de volver de Filipinas. Fue una mentira blanda. Quería encontrarse con ella, y le pareció difícil explicar por qué no se había presentado anteriormente. Se citaron un viernes por la noche, y Amelia acudió a la cita acompañada de Carlos, a quien Ricardo ni siquiera conocía. Tomaron una copa y luego cenaron en el comedor privado de Charol, en la mesa que Carlos acostumbraba reservar. Ricardo se sentó al lado de la ventana, enfrente del grabado de Bastiello. Carlos a veces se fijaba poco en los detalles, y resultó demasiado frío el decorado. No invitaba a la comunicación la imagen de la larga mesa rectangular y los tres colocados al extremo, como si siguieran esperando la llegada de otros comensales.

Les resultó difícil entablar conversación, después de tantos años. Al principio, Ricardo se mantuvo taciturno, aunque poco a poco pareció que se animaba. Les habló de Filipinas, y también de París, Budapest, El Cairo, México, Fez